

La apuesta perdida

Ensayo sobre la crisis del marxismo «real»*

GEORGES LABICA

Université Paris X-Nanterre

La aceleración, desde 1989, del proceso de reformas conocido bajo la denominación de *perestroika*, el desplome de los países socialistas del centro y del este de Europa, la destrucción del muro de Berlín y la reunificación de Alemania, el desmantelamiento, en fin, del Partido Comunista soviético, la explosión de la URSS, incitan a una nueva reflexión acerca de la «crisis del marxismo», tanto más cuanto que parece abrirse paso la unanimidad en torno a su carácter definitivo. La voluntad de transición de esos regímenes, y en particular del más poderoso y más antiguo de ellos, a la economía de mercado y a la democracia de tipo occidental, parecen confirmar el final del comunismo, y con él, el del marxismo.

Las (hipó)tesis que siguen, y que requerirían desarrollos más amplios, tratan de sugerir que las cosas no son tan simples como puede parecer a enjuiciamientos precipitados, con frecuencia dirigidos, sobre un actualidad llena de sobresaltos.

1. Arrancaré de una constatación. Los fenómenos a que asistimos hacen, por fin,¹ visible y hasta legible la naturaleza de lo que ha convenido en llamarse «crisis del marxismo»; ponen de manifiesto su carácter abiertamente político. En verdad, sería más exacto hablar de las crisis del marxismo, ya que es patente que la existencia de éste se confunde con la sucesión de sus crisis, desde la primera, en 1898 (la expresión es de T.G. Massarik), a la que tenemos ante los ojos. Al haberse dado como objetivo, no sólo «interpretar» el mundo, sino «cambiarlo»,² es decir, intervenir directa y prácticamente en los asuntos de la polis, el marxismo representa ese caso único en nuestra tradición filosófica, de aceptar de antemano y asumir como esencia su devenir-mundo, y de hacerse cargo de la totalidad de las figuras históricas que, de una manera u otra, puedan reclamarse como su descendencia. Como Visnú, está condenado a sus avatares. Funciona por crisis: «La crisis del marxismo es necesariamente la crisis de sus formas de existencia histórica».³ Desde el último Engels, y con los primeros sucesores, un Labriola por ejemplo, o un Plejanov, el marxismo ha suscitado primero debates teóricos, que respondían a su función crítica, a sus insuficien-

* Este texto es un extracto de una obra de próxima publicación, de la que representa la primera parte. Se trata, pues, de una versión incompleta. [Trad. castellana de Manuel Ballesterro.]

cias, a sus oscuridades, incluso a sus contradicciones, pero ante todo al aspecto circunstancial, teórico-práctico de cantidad de sus análisis (*De la situación de la clase trabajadora en Inglaterra*, a la *Crítica de los Programas de Erfurt y de Gotha*) por no decir de todos, *El Capital* incluido.⁴ Muy pronto, no obstante, con la revisión de Bernstein, provocada por los nuevos desarrollos del Capitalismo, y con las discusiones que suscitó (K. Kautsky y R. Luxemburg), lo político, desvelado por las primeras iniciativas institucionales hacia la clase obrera (organizaciones, programas, estrategias, formación de militantes, etc.), se reveló la verdadera apuesta de las diferentes líneas doctrinales. El juego de ortodoxias y herejías, tanto más dramático cuanto que se apoyaba en formas institucionales más sólidas, ese doblete indisoluble hizo que la situación se repitiese. Pero, ¿era acaso otra la situación, cuando Marx y Engels polemizaban tan duramente con sus hermanos enemigos socialistas y comunistas? Con mayor motivo, hoy, cuando acaba de desplomarse el marxismo estatalizado, sobrecargado de sus setenta años de existencia mundialmente tumultuosos. De ahí, una legibilidad en grandes trazos...

Lo que tiene otro enraizamiento, más profundo, que lo político es precisamente la parte más frágil, digamos la más abierta, de la obra de Marx y Engels.⁵ La teoría del poder está en ellos, en lo esencial, limitada a su vertiente crítica, surtida solamente de visiones prospectivas que, en manera alguna pueden presentarse como un cuadro (*tableau*) de la sociedad comunista futura, no siendo el comunismo mismo más que la (una) tendencia inscrita en el seno de las relaciones de producción capitalista, «el movimiento real que abole el estado actual», según la *Ideología Alemana*. La crítica del Estado hegeliano, que se prolonga en la de los regímenes francés y alemán de su tiempo, si bien lleva a cabo una vigorosa deconstrucción en términos de clase y de correlaciones de fuerzas, denunciando a su vez las posibles tentaciones de instrumentalizar los aparatos de poder por parte de los dominados, no da lugar, no obstante, a una visión estratégica definida. Se limita a proporcionar orientaciones de principio: gobierno de los trabajadores, necesidad de una fase de coerción (dictadura), privilegio que se le atribuye a la «sociedad civil» e instauración de una democracia no formal-burguesa. *El Capital*, interrumpido por la muerte de su autor, no consagra a las clases más que una página. Las alianzas de clases, que condicionan el proceso revolucionario son objeto de análisis diversos y matizados: con la pequeña burguesía, con el campesinado o con la burguesía misma.⁶ El estatuto del proletariado o de la clase obrera, dos nociones que no se recubren exactamente, no está exento de dificultades en cuanto a su definición (tanto en las relaciones de producción, como desde el punto de vista de su «conciencia») o a su función (factor de implosión, interna o externa, al capitalismo). Y no es diferente la situación en lo que respecta al partido. Ni Marx ni Engels, si se exceptúa el período de la Liga de los Comunistas, se refirieron nunca a ninguna afiliación, y ni la Primera Internacional, ni la Segunda fueron un partido. Por el contrario, nunca escatimaron los ataques frente a las organizaciones que veían

constituirse a su sombra, y Marx llegó a elevarse contra el calificativo de «marxista»,⁷ burlándose de las convicciones de sus yernos. En el *Manifiesto*, el partido es la clase y los comunistas tienen que sostener «todo movimiento contra el orden existente». Se comprende sin dificultad por qué, al calor de las coyunturas y de las luchas en que estaban sumidos, los dirigentes y teóricos del movimiento obrero han interrogado los textos con tanta obstinación, en lo concerniente a la historia inmediata, y en los que estaban consignadas directivas circunstanciales, y por ello, recuperadas, ajustadas, rectificadas a veces. La política, cuando se ve obligada a traducirse en dispositivos institucionales, desde el sindicato y el partido hasta el Estado, de la educación a la ideología, de la literatura al derecho, se expone como punto central de exégesis teoricistas, en los borradores y en las páginas en blanco de los fundadores.

En este orden de cosas, la cuestión de fondo que subyace a todas las demás es la de la transición o la del paso de la sociedad antigua a la comunista. Esta cuestión determina las condiciones y los medios de la toma del poder, y prefigura las formas y las estructuras, de manera ante todo programática. Ahora bien, en esto incluso, las opciones siguen estando abiertas. Porque en Marx y en Engels se dan dos vías de transición. La primera, la mayor o el camino real, considera que el estadio más elevado del capitalismo, el existente en los países avanzados de Occidente, en el triple plano de las fuerzas productivas, de la democracia política y de la toma de conciencia de las masas, debe permitir el advenimiento (*avenement*) de una sociedad de tipo superior, en todos los planos. La revolución burguesa precede lógicamente a la revolución proletaria. Francia, donde las luchas de clases «han sido llevadas hasta su extremo», expone el paradigma; quedando en claro, por otro lado, que el proceso de esa mutación no obedece a ninguna regla fijada *a priori*; puede cumplirse de manera violenta, conforme a los precedentes históricos y como prevé el *Manifiesto*; puede también conocer un desarrollo pacífico, y hasta parlamentario, como más tarde parecen sugerir los ejemplos alemán, de Estados Unidos y de Francia misma. La segunda vía, la menor, y llena de desvíos respecto a la clasicidad de la primera, se formula *in extremis* y a título de hipótesis por Marx, a partir del caso de Rusia, con ocasión del último prefacio al *Manifiesto*. Más tarde será explicitada por Engels en su correspondencia con los economistas y con los primeros marxistas rusos (V. Zassulich, G. Plejanov). Se trata de la posibilidad de un paso al comunismo que, en cierto modo, se ahorraría el estadio capitalista, al menos en cuanto a su florecimiento, apoyándose, para el caso, en la comunidad campesina (*obchtchina*).⁸ Se teorizará a la vez en la experiencia de la Revolución china (maoísmo) y con destino a las luchas del Tercer Mundo, bajo la figura de «vía de desarrollo no capitalista». Es bien sabido que la historia del siglo xx ha impuesto la paradoja de que la menor ha triunfado ampliamente sobre la mayor, incluida la URSS (volveré sobre el tema) en la empresa de la «construcción del socialismo». Fue al precio de considerables distorsiones y de graves consecuencias como el entrecruzamiento de las dos vías se intentó o, doctrinalmente, se

legitimó. La excepción ha resultado la norma, al tiempo que el movimiento obrero de los países del «centro», en principio protagonista designado de la revolución, veía cómo se difería indefinidamente la hora de su victoria. Entre las dos vías, la demarcación era, no obstante, notable y difícilmente reducible, tuviera nombre de «cuestión campesina» o, en otros casos, de «cuestión nacional». La mayor, se pensaba, podía dejarse de lado. Se atestigua de Engels (*La cuestión campesina*) a Kautsky (*La cuestión agraria*), el combate por obtener de las organizaciones obreras la toma en consideración del campesinado, muy numeroso todavía en el oeste de Europa, aunque sólo fuera en términos de alianza de clases. La Tercera Internacional se atuvo sin embargo al canon de la vía capitalismo-socialismo (comunismo), induciendo con ello a estrategias extrañas desde el punto de vista del materialismo histórico. España proporciona una excelente ilustración. Pedro Ribas, en una obra reciente, cita el juicio de uno de los primeros marxistas españoles, A.G. Quejido (1901): «Sabemos que no se crearán las condiciones de la revolución económica del futuro sin que el sistema presente haya recorrido todo su ciclo de desarrollo; lo menos que podemos pedir a los capitalistas es que se comporten como tales, que cumplan correctamente su misión histórica: desarrollar el principio de la apropiación individual de la riqueza, para abrirle la vía a la apropiación social.⁹ De donde, el olvido por el partido durante casi treinta años de la cuestión campesina y... de las cuestiones religiosa y nacional. En cuanto a la «misión» de los capitalistas y a su indeterminable duración, ¿puede verse otra cosa que la expresión del darwinismo socio-económico, tan frecuente en la época? La segunda vía de la transición, menor-dominante, pone en el centro de las preocupaciones la cuestión campesina. Pero, independientemente de que obliga a tratamientos bastante diferenciados según los contextos (URSS, China, Vietnam, Cuba), se ve obligada a acomodaciones teóricas, por fidelidad a la ortodoxia y que exigen, en particular, el mantenimiento del liderazgo político de la clase obrera. Para hacerlo, solicita el Libro III de *El Capital* y da nacimiento a un marxismo desoccidentalizado, antiimperialista y preocupado por integrar las tradiciones culturales nacionales, como puede comprobarse, por ejemplo, en América Latina, de Mariátegui a la Teología de la Liberación. Su historia se confunde con los siete últimos decenios de nuestro siglo. Se trata de los «injertos», según la expresión de Lenin, entre movimiento obrero (campesino) y marxismo, que proponen una geografía de los marxismos reales, y que anudan conceptualizaciones y prácticas en entidades indisociables. Tan verdad es, que hay varias moradas en la casa del Padre.

Si todo esto es verdad, si es verdad que lo político proporciona la rejilla de lectura de la crisis que expresa la modalidad de existencia del marxismo y narra su destino, conviene, pues, tratar políticamente la crisis actual, en su función de revelador. Dicho de otro modo, a pesar del ruido y del furor actuales, conviene suspender las recurrencias precipitadas y decidirse a un largo rodeo por el comienzo histórico, o bien volver al último Lenin. Esto se justifica con una evidencia: Lenin fue el primer marxista en hacer una revolución. Marx, Engels,

y algunos otros, habían establecido el proyecto, algunas de sus condiciones, sugerido las formas, los medios y las finalidades, pero no habían pasado de ser espectadores de los preámbulos —1848, 1871— del nacimiento del movimiento obrero y de sus organizaciones. Lenin, por su parte, fundó un Estado, que ha llegado hasta nuestros días, que, sean los que hayan sido los rasgos y los matices, se multiplicó por Europa, Asia, América Latina y África. Con los bolcheviques asumió la responsabilidad del paso de una teoría abierta (inacabada) a su institucionalización, la responsabilidad de la transición y de la problemática ya aludida que le es inherente: definición y papel de los organismos de poder del partido (de los partidos), de los sindicatos, de las alianzas, de la ideología, de los dispositivos económicos, de la política internacional, etc. ¿Puede seguir diciéndose, conforme al juicio que largo tiempo ha prevalecido entre los marxistas más lúcidos (Gramsci, por ejemplo), que Lenin ha aplicado el marxismo a Rusia? El interés de una idea tan generalmente extendida reside en sus presupuestos. La aplicación, en efecto, es cuestión de técnica; una vez que la ciencia se ha pronunciado, la destreza en la experimentación la corrobora. En el caso que nos ocupa, sería más bien cosa de farmacopea o de arte culinario; establecido el remedio o la receta, el problema es su puesta en práctica. Con el riesgo de la ineficacia, el del remedio de la vieja o el emplasto en una pata de palo... Paradójicamente, la simpleza de tal esquema queda en claro al apreciar el trabajo llevado a cabo, ya que no sólo el marxismo se transforma en marxismo-leninismo, y se eleva a propia dignidad teórica, sino que además la aplicación deviene modelo, susceptible de repetirse *urbi et orbi*, con las dos vías, la mayor y la menor, desde entonces indistintas. La explicación no ofrece dudas. Lenin, como excelente conocedor del marxismo, confrontó los principios con la situación rusa, de la que también fue un analista avezado. Su obra, *El Estado y la Revolución*, es esclarecedora a este respecto. Lenin recogió los textos dispersos de Marx y Engels sobre la cuestión,¹⁰ los puso en relación unos con otros, los midió respecto a las diversas interpretaciones de su tiempo (anarquistas, social-demócratas, izquierdistas), exprimió su contenido, en especial, el del concepto de dictadura del proletariado, su necesidad, su forma, su función, su duración probable, esbozó las fases de la transición, con la conciencia de una extremada urgencia, ya que al mismo tiempo maduraban las condiciones de la toma del poder, y dejó inacabada su investigación precisamente en el momento en que tuvo que pasar a la acción. Una vez realizada la revolución, frente a sus apremios y a lo inédito de la tareas que imponía, Lenin, literalmente, inventó. Esta invención es lo que ahora vamos a considerar, con el fin de extraer sus enseñanzas.

2. Sin volver sobre los casi veinte años de preparación, me limitaré aquí al último Lenin, es decir, al constructor del Estado en el período 1921-1923.¹¹ La cuestión dolorosa, que verdaderamente le obsesiona hasta el final de su vida, es la siguiente: ¿cómo realizar el socialismo en la situación de Rusia? En 1963, los

prologuistas del tomo 33 escriben con audacia que los textos recogidos «dan la prueba de que la edificación de una sociedad plenamente socialista era posible en nuestro país» (p. 7). Lenin, por el contrario, se muestra más circunspecto: «¿Quién vencerá, el capitalismo o el poder de los soviets?», pregunta en octubre de 1921; y en noviembre de 1922: «¿Sabremos cómo actuar?, esta cuestión todavía ni de lejos está resuelta» (pp. 58 y 455). *Kto kovo?* (¿Quién triunfará?), como se decía entonces. El balance postrevolucionario no hace concesiones: «Nadie podía prever que el proletariado llegaría al poder en uno de los países menos evolucionados; nadie, que empezaría intentando organizar en gran escala la producción y la distribución para los campesinos y que, más tarde, al no poder realizar esta tarea, por las condiciones culturales imperantes, haría participar al capitalismo en su obra» (marzo de 1922, p. 316). El país ha sido devastado por la guerra civil, reina el hambre, el Estado es uno de los más débiles y atrasados (p. 141), faltan cuadros, «somos gentes medio salvajes» (p. 68), «pobres e incultos» (p. 248), «poco civilizados» (p. 515); «predomina el analfabetismo» (p. 72), «el enemigo es todavía mucho más fuerte que nosotros» (pp. 19 y 358), en particular «el mercado privado» (p. 91). En estas condiciones de subdesarrollo «asiático», lograr la victoria política será mucho más difícil que ganar la guerra, para la que el entusiasmo y el heroísmo son suficientes (p. 173). ¿Qué nos ha aportado la toma del poder? La respuesta de Lenin es doble, por un lado: «la revolución burguesa llevada a término», «conducida hasta el final» (pp. 43 y ss.), precisa, y por otro «la creación de un Estado de tipo soviético», que va más allá de 1793 y de 1871 (p. 12). «¿Cómo entender estas dos afirmaciones?» (p. 207). ¿Qué clase de revolución burguesa, sin burguesía en el poder?, ¿qué Estado soviético, si las antiguas estructuras (y el antiguo personal) siguen ahí? ¿Habrá que coincidir con Deutscher, en que se trata «de la combinación de una revolución burguesa y otra proletaria»?¹² Pero una y otra están sin sus resultados, y de lo que se trata es de explicar ese monstruo político. Lenin lo intenta y le pone nombre al bastardo: la Nueva Política Económica, la NEP. Su principio es el «capitalismo de Estado», cuya justificación es tanto más difícil, cuanto que evoca el modelo alemán y porque suscita, entre los bolcheviques, las más vivas reservas. Lenin toma la medida de las objeciones e intenta disolverlas. El capitalismo de Estado soviético, dice insistentemente, es una figura original, ya que el proletariado detenta el poder y la propiedad. Es perfectamente consciente de ese carácter inédito, de esa invención teórica, engendrada por lo inédito mismo de la Revolución rusa: «no existe un solo libro que examine el capitalismo de Estado en régimen comunista» (p. 282), «hasta hoy, los libros mínimamente sensatos acerca del capitalismo de Estado han sido escritos en condiciones y en una situación tales, que el capitalismo de Estado era el capitalismo. Ahora es diferente, cosa que ni Marx ni ningún marxista podían prever» (p. 315). Este capitalismo, que no lo es, es no obstante capitalismo, porque obliga a los comunistas a aprender de los capitalistas, a ir a su escuela (pp. 66, 175, etc.), les obliga a actuar «como mercaderes» (p. 168, sobre la

Conferencia de Génova), a establecer relaciones estrechas con los capitalistas extranjeros (p. 215), y a desarrollar «sociedades mixtas» (pp. 276, 383, 440 y 468). Como la necesidad es ley, y en esta misma línea, aduce extraños argumentos: «si el capitalismo se restablece, se restablecerá la clase proletaria» (p. 59), e incluso, «cada rama importante de la economía nacional debe fundarse en el interés personal [...]» (p. 64).

¿Es un mal trago? Cuando Lenin describe la periodización de la NEP, indica que el «retroceso» necesario en 1921, y que consistió en «abandonar la reconstrucción socialista inmediata» y «en replegarnos al capitalismo de estado» (p. 89), «pudo ser detenido en 1922» (p. 224), pero no se hace ilusiones: «eso implica el trabajo de decenios enteros en los que hay que realizar enormes esfuerzos» (p. 176). Y frente a los peligros de semejante restauración —un auge de la burguesía y el desarrollo del capitalismo—, la regla de oro es evidente: controlar y «corregir» el capitalismo (p. 316).

Pero, ¿con qué medios? Al llegar aquí, tenemos que considerar los protagonistas. Son tres: las clases, o las capas sociales, el partido y el Estado. En cuanto a las primeras, el actor principal, detenedor del poder, el proletariado se encuentra en situación dramática, casi desesperada. Lenin no lo oculta; respecto a la esperanza determinista de una reconstrucción del proletariado gracias al capitalismo, en octubre de 1921, pone de relieve: «Los capitalistas van a beneficiarse de nuestra política y van a crear un proletariado industrial que, en nuestro país, y en razón de la guerra, de la ruina y de las terribles destrucciones, está desclasado, es decir que ha sido desviado de su camino de clase y ha dejado de existir en tanto que proletariado [...]. Teniendo en cuenta que la gran industria capitalista está arruinada y que fábricas y talleres están inmovilizados, el proletariado ha desaparecido. A veces, por pura fórmula, se le ha hecho aparecer, pero no tenía raíces económicas» (p. 59). Este proletariado, «agotado» (p. 19), minoritario en la población, por otro lado, se ha visto absorbido por los aparatos gubernamentales, mientras que elementos «no proletarios» se «emboscan» en las fábricas. La pequeña burguesía, reforzada por los *nepmen*, es mucho más influyente, incluso entre los obreros, a través de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, ligados a la contrarrevolución exterior. Por consiguiente, ese proletariado se ve obligado a ganarse a los campesinos, que forman las inmensas masas del país. «El problema central clave es el de la actitud del proletariado hacia el campesinado, es la alianza de la clase obrera y de los campesinos (p. 155). Esta alianza que Lenin preconiza desde principios de siglo, con sus análisis acerca del populismo, representa la salvación de la revolución. No deja de repetirlo, la NEP se hace para los campesinos. Es la condición de «la edificación del socialismo, cuando se trata de un país agrario» (p. 55); esa alianza concierne a la «nueva economía» y a la «economía campesina» (p. 274), es «la transición a un nuevo estado de cosas, por la vía más sencilla, más fácil y accesible a los campesinos» (p. 48) (el subrayado es de Lenin), exige incluso su extensión a los *nepmen*, es decir, a la burguesía (p. 499), pero, «en el mejor de los casos», requerirá diez o veinte años (p. 483). Por

ello, medidas tales como el paso de las requisas del comunismo de guerra al impuesto en producto (pp. 57, 94 y 157), o, como veremos, la última directiva de Lenin, las cooperativas.

El partido no está en mejor situación que el proletariado. Numéricamente débil (p. 193), insuficientemente proletario (p. 259), atravesado por disensiones ideológicas, en particular «izquierdistas», hostiles a la NEP (p. 99), no sabe administrar (p. 255), ni llevar la gestión económica (pp. 278, 293 y 338), y tienta a los carreristas (p. 250). La «vieja guardia es poco numerosa» (p. 250), cualquiera que sea la calidad de sus militantes, está aquejada de «suficiencia» y no es insensible a la corrupción (pp. 72 y ss.). En una palabra, el partido no puede hacer nada por sí solo. «Construir la sociedad comunista, con las manos de los comunistas es una idea pueril como pocas. Los comunistas son una gota de agua en el océano popular [...] la gran masa de nuestro partido no tiene conciencia de la necesidad de hacer trabajar a los sin-partido (pp. 297-298). El llamamiento de Lenin en este punto es apremiante, las fuerzas más preciosas son «las indicaciones de la masa proletaria sin partido, y a veces, las de la masa campesina sin partido» (p. 31). Los sindicatos deben convertirse en la «escuela de comunismo» de los sin partido (p. 185). Por ello, la depuración del partido es indispensable. En octubre de 1921, Lenin estima en 100 o 200.000 el número de comunistas a excluir, y en marzo de 1922, cree que la cifra de 300 a 400.000 miembros es excesiva. Exige que se pongan condiciones «severas» a la admisión (p. 135), y que cada caso sea objeto de un examen individual (t. 45, diciembre de 1921, p. 394). Ahora bien, en este dominio, como en otros, las cosas se le escapan de las manos, Stalin, secretario general desde 1922, refuerza la autoridad de la función y la suya propia. Se le encarga vigilar a Lenin, durante su enfermedad, ya agravada, y que tome las medidas necesarias para impedirle acceder a las informaciones políticas. Entre ambos hombres la tensión aumentará, hasta llegar a la demanda de Lenin de que se destituya de su puesto a Stalin.¹³ En este momento, como señala Lewin, «mientras la clase obrera se debilita, el partido se refuerza».¹⁴ El Buró de Organización (*Orgburo*) reafirma su omnipotencia de control, y el Buró político confisca para sí el poder real. Aparecen nuevos dirigentes y se abre un desnivel entre activistas e intelectuales, en detrimento de los últimos (p. 69). La centralización del «gobierno de partido único» (p. 312) se acelera igualmente.

Último protagonista de esta tragedia histórica, el Estado o, mejor, su aparato, figura también como bastardo. Su carácter es doble, y conjuga el nuevo «tipo soviético» o proletario y el antiguo, al mismo tiempo zarista (de herencia) y burgués (NEP obliga). Esta mezcla, que presenta «defectos escandalosos» (p. 467) y al mismo tiempo «un caos de ilegalidades» (p. 472), sólo en parte puede imputarse al «viejo aparato de Estado» (p. 440), que «no ha cambiado» (p. 454), y del que, por necesidad, muchos funcionarios siguen en funciones, al menos en la base. Lenin dedica sus dos últimos años a instruir el proceso de esas estructuras. El servicio central de Estadística lo tacha de «modelo de institución

burocrática» (p. 21). Incansablemente denuncia la incompetencia de los responsables, la multiplicación del número de comisiones (p. 313), la pesadez e incapacidad de los aparatos gubernamentales (p. 404) o la debilidad de los tribunales (pp. 181 y 365). Ataca en particular al Comisariado de Comercio Exterior, cuyas concesiones a los capitalistas son excesivas, y porque tiende a liquidar el monopolio, indispensable al éxito de la NEP (p. 298, t. 45, pp. 443, 508, 529, 566, 621, etc.). Multiplica las más precisas recomendaciones, sobre la flota (t. 45, p. 225), sobre el oro (p. 229 *passim*), sobre el correo (p. 287), la madera (p. 300), el maíz, las judías (p. 331), la turba (p. 468), los motores (p. 476), la avena (p. 480), o los gobios y esturiones (p. 616). Controla, rectifica, censura o sanciona el trabajo de sus colegas, a quienes recuerda el respeto de la legalidad (pp. 267, 290, 329, 557, 619, contra Stalin). El *Sovnarkom*, su máxima creación, no escapa a sus críticas; le pide a Molotov, en marzo de 1922, que «busque gente inteligente y combativa para acosar a todos los Comisariados del Pueblo» (p. 507). No teme reclamar el terror, que la NEP no ha cancelado (p. 509). A Trotsky le confiesa: «no sé qué hacer ni cómo actuar [...] la marea comercial es más fuerte que nosotros» (p. 311).

La burocracia, simbolizada en el «viejo Oblomov», soñador de planos parasitarios (pp. 33 y 227), es naturalmente la denominación común de todos esos disfuncionamientos. Y alcanza a todo el mundo, sin exceptuar a los intelectuales (p. 301). Pero ese fenómeno no puede achacarse, como indica Lewin, solamente a la herencia rusa, y Lenin, que no encuentra calificativos bastante duros para fustigarlo, se queda corto en su explicación al decir: «que se ha convertido en la base social del poder»,¹⁵ y en el verdadero sustituto de las clases de las que «ha escapado» —burguesía y proletariado. Lenin presencia impotente la lucha en torno a las nacionalidades. El «chauvinismo gran-ruso» pervierte las tesis sobre el derecho de las naciones a disponer de sí mismas. El «asunto georgiano» (Ordjonikidzé, Stalin) es la ilustración. ¿Son posibles los paliativos? Lenin, en sus últimas instrucciones, propone dos. El primero tiende a la reorganización del poder; reforzando su autoridad, se trata de asignarle al nuevo Comisariado de la inspección obrera y campesina (primero confiado a Stalin, como Comisariado de las Nacionalidades), la tarea de supervisar, reformar y depurar, en caso necesario, la enorme máquina estatal (pp. 495 y ss.). El último deseo de Lenin, sus últimas líneas (p. 517), consiste en proyectar la fusión de la Inspección, una vez renovada, con la Comisión Central de Control, con el fin de extender su misión al partido mismo. El segundo remedio, concierne a las alianzas; es de importancia capital: «Hoy hemos encontrado el medio de combinar el interés privado, de una parte, y su control por el Estado, por la otra, el medio de subordinar el interés privado al general, lo que en otros tiempos fue la piedra en que tropezaban muchos socialistas (p. 481). Este medio es la «cooperación», de la que Lenin confiesa que había sido olvidada por la NEP (p. 482). El argumento que invoca para justificar esta nueva mezcla privado-colectivo, es el mismo con que justifica lo correcto del capitalismo de Estado:

«Las cooperativas [...] no se distinguen de las empresas socialistas, si la tierra en que se asientan y los medios de producción pertenecen al Estado, es decir, a la clase obrera (p. 486), de modo que «el régimen de cooperadores civilizados [...] es el régimen socialista» (p. 484, 4 de enero de 1923).

Este texto, que precede al silencio definitivo de Lenin, publicado en la *Pravda* de 4 de marzo de 1923, nos lleva a una conclusión natural; su título es elocuente: «Más vale menos, pero mejor». Insiste en la necesidad de reformas en el aparato del Estado, en el que «las cosas están mal, por no decir que son detestables», y también la República de los Soviets, que no es más que «un caos»; reformas que conciernen también al partido, invadido de burócratas. Llama a la formación de un «buen material humano», «tenemos que instruirnos, añade, para llegar al saber, a la civilización». La duda inicial es recurrente: «¿Podremos aguantar con nuestra pequeña, muy pequeña, producción campesina, y en el estado de deterioro de nuestro país, hasta el día en que los países capitalistas de Europa hayan acabado su desarrollo hacia el socialismo?». Pero Lenin ha dejado de creer, desde hace tiempo, en esa perspectiva. La revolución del 17 no ha tenido seguidores y hay que resignarse al aislamiento de Rusia, lo que representa una desventaja suplementaria. A finales de 1921 escribía (pp. 151 y 152): «La existencia de una república socialista en medio del cerco capitalista, en términos generales, ¿es concebible? Política y militarmente parecía impensable [...]. Que lo sea, en los planos militar y político, está demostrado [...] y ¿en el comercial, en el de los intercambios económicos?, ¿y los contactos, la ayuda, el intercambio de servicios entre la Rusia agraria, atrasada, arruinada, y el grupo de las potencias capitalistas ricas, industrialmente avanzadas, es posible? [...]». Por todo ello, él, el occidental, vuelve los ojos y las esperanzas hacia Oriente, India, China, «la inmensa mayoría de la población del globo», «Oriente ha entrado definitivamente en el movimiento revolucionario». Desilusiones, como dice Lewin, que se superponen «a ese vacío, de dos pisos (en que), el nuevo poder está suspendido»; «el primero que falta, es el proletariado, el segundo, la infraestructura económica».¹⁶ El optimismo que afirma la podredumbre de «la vieja Europa burguesa e imperialista» (pp. 216 y 356) o que anuncia la victoria «muy cercana» del proletariado revolucionario (pp. 359, 442), parece decidido. La coyuntura posterior a la toma del poder por los bolcheviques y las dificultades ingentes han golpeado con dureza las certidumbres doctrinales que desarrolla en *El Estado y la Revolución* (1917), e incluso más tarde, hasta el III Congreso de la Internacional Comunista (agosto de 1921). El «análisis concreto de la situación concreta» ha forzado a plegarse, en cuanto a una transición que pudiera decidir su propia andadura. Rectificaciones, retrocesos, transgresiones, inventos, eran la regla de una práctica política que sólo podía contar consigo misma. Ya lo hemos visto en cuanto al capitalismo de Estado: «el paso al comunismo es posible por medio del capitalismo de Estado, si el poder está entre las manos de la clase obrera» (p. 415); igualmente en cuanto a las cooperativas, cuyo carácter contradictorio Marx había señalado.¹⁷ En esa misma lógica, Lenin tuvo que revisar hasta la oposición entre

reforma y revolución: «Tras la victoria del proletariado, al menos en un país, surge un nuevo elemento en la relación entre reformas y revolución. En principio todo parece seguir, como hasta aquí, pero en la forma se produce un cambio que Marx no pudo prever [...]. Antes de la revolución, las reformas son el producto accesorio de la lucha revolucionaria de clases. Tras la victoria (aún siendo, a escala internacional, ese mismo “producto accesorio”), para el país en que se ha logrado la victoria, son además una tregua indispensable y legítima, en el caso que, a consecuencia de una extrema tensión, falten fuerzas para atravesar, revolucionariamente, tal o tal etapa [...]» (pp. 111-112). La alianza misma, entendida como la asociación de la vanguardia y de los no-revolucionarios, ¿no debe acaso extenderse «a los representantes de las “ciencias modernas de la naturaleza”, de manera que fuera legítimo preguntarse si la idea de una “sociedad de amigos materialistas, de la dialéctica hegeliana”, no podría ser también una especie de repliegue»? Finalmente, en cuanto a la tesis de la «dictadura democrática de obreros y campesinos», dicho de otra manera, del poder de los Soviets, expresión de «amplias masas», no se ve acaso radicalmente pervertida por el juego de los aparatos de Estado y de partido, y en el que los Soviets desempeñan tan exiguo papel? Se comprende que a Lenin sólo le queda apelar a los hombres y a la ética revolucionaria, lo mismo que, 130 años antes que él, Robespierre había apelado a la *vertu*.¹⁸ «Hemos llegado a un situación en la que lo esencial está en los hombres, en la elección de los hombres» (p. 309).

Kto kovo? (¿Quién vencerá?). La historia ha respondido. La «apuesta que no estaba ganada de antemano»,¹⁹ se ha perdido. Lenin incluso, tan armado teóricamente, y políticamente tan aguerrido, no podía conseguir que prendiese un injerto, para el que había tan escasas condiciones, ni que se lograra una transición comunista, cuyas fuerzas esenciales, sociales, políticas, económicas, culturales e internacionales, eran mediocres, por no decir totalmente insuficientes.

El viraje de la NEP, que se había aprobado ampliamente en la dirección soviética, a pesar de las reservas de la oposición de izquierda, fue objeto de una acogida favorable, no exenta de malicia, por parte de la derecha menchevique, de los socialistas revolucionarios y de las Internacionales «II y II½».²⁰ Lenin ataca en particular a Otto Bauer, que se felicita del retroceso al capitalismo y de la naturaleza burguesa de la revolución; le opone precisamente la «voluntad de llevar a término la revolución burguesa» y amenaza con fusilar a quienes intentaran transformar el proceso en retirada completa (p. 287). De hecho, la impresión de que se trata de una marcha atrás es generalmente compartida. La social democracia, con Kautsky, adelanta ya la idea de la aparición de una nueva capa social burocrática, que asocia los intereses del capital y los del Estado.²¹ La burguesía internacional percibe la posibilidad de reanudar ventajosamente los intercambios con la República de los Soviets. Lloyd George, que invitó a Lenin a la Conferencia de Génova (1922) sobre los equilibrios económicos en Europa, declaró: «Lenin, por fin, ha comprendido que no puede poner en marcha las

locomotoras con las doctrinas de Marx». ²² Jules Guesde, fundador del partido obrero en Francia, que desaparece en 1922, expresa su asombro ante el anuncio de una revolución comunista, por parte de los bolcheviques, ya que en Rusia no se dan las condiciones necesarias. En 1938, Anton Pannekoek, el teórico de los «consejos», no tiene duda alguna sobre el carácter burgués de la revolución: «una nueva clase dominante, explotadora, ha impuesto su poder a la clase obrera», ²³ «no se le puede reprochar al bolchevismo ruso haber abandonado el camino de Marx, porque nunca lo ha seguido». ²⁴ El mismo año, el filósofo Nicolas Berdiaev escribe en *Les sources et le sens du communisme russe*: «La revolución se realiza en Rusia, en contradicción con la mayor parte de las afirmaciones de Marx sobre el desarrollo de la sociedad». ²⁵ Más cercano a nosotros, Fernand Braudel constata: «El hecho que se ha de subrayar es que, accidentalmente, la revolución socialista comenzó en un gran país, el menos industrializado de la Europa de entonces. Por ello, era imposible que la revolución se desarrollase siguiendo el esquema marxista de la toma del poder por el proletariado. El poder lo tomó el P.C., una ínfima minoría». ²⁶ La lista podría prolongarse indefinidamente, hasta Ch. Bettelheim, R. Bahro, los movimientos trotskistas...

Si es verdad que los más lúcidos análisis se negaron a admitir este fracaso y medir su alcance, invocando, en un caso, los determinismos del subdesarrollo, en el otro, los inevitables apremios, en otros aún, la irradiación, indiscutible, de una esperanza, la actualidad arranca todas las vendas de los ojos. El final del comunismo es el final del comunismo allí, *donde nació ya muerto*. La «victoria del capitalismo» y la fascinación que produce ese doblete mercado-democracia, son menos una restauración que una continuidad que, setenta años después parece provocar la reunión de dos tipos de desarrollo *capitalista*, hasta ahora separados y aparentemente antitéticos. Desde este punto de vista, el «socialismo realmente existente», *alias* «el marxismo real», no sería ni el adolescente rebelde, ni menos aún el hijo pródigo, sino el pariente pobre y arrepentido que regresa a la casa paterna.

Semejante (hipó)tesis tiene, no obstante, que ser reflexionada de nuevo, porque a su vez desemboca en la siguiente problemática: si se da como seguro que en Rusia el poder se ejerció *en lugar* de la burguesía, y la economía se desarrolló *en lugar del* capitalismo, entonces, ¿qué sentido darle a ese «en lugar de» y, ¿qué consecuencias sacar?

NOTAS

1. En el sentido en que Althusser escribía: «Por fin, la crisis del marxismo», en *Il Manifesto, Pouvoir et opposition dans les sociétés postrevolucionnaires*, París, 1978.

2. *XI tesis sobre Feuerbach*, cf. mi obra con ese título, París, PUF, 1987.

3. Según la excelente expresión de G. Bensussan, «Crises du marxisme», en G. Labica y G. Bensussan, *Dictionnaire critique du marxisme*, París, PUF, 1985².

4. Lo he mostrado en otro lugar, «Le marxisme, orthodoxie et heterodoxie, pour un bilan critique», en *L'Univers philosophique*, París, PUF, 1989, p. 314.
5. Cf. E. Balibar, C. Luperini, A. Tossel, *Marx et sa critique de la politique*, París, Maspero, 1979.
6. Sobre estas nociones y otras muchas, me permito remitir a los artículos correspondientes en *Dictionnaire critique du marxisme*, *op. cit.*
7. «Longuet, el último proudhoniano y Lafargue último bakunista, ¡que se los lleve el diablo!» (Carta a Engels del 11-XI-1882).
8. Cf. *Sur les sociétés precapitalistes*, París, CERM, Ed. Sociales, 1970.
9. *Aproximación a la historia del marxismo español*, Madrid, Endymion, 1990, pp. 58-59.
10. Con excepción de las que versan sobre la vía «pacífica».
11. Este período corresponde al tomo 33 de *Oeuvres*, París/Moscú, Ed. Sociales, 1963: sin mención particular, la paginación en nuestro texto corresponde a esta obra; también remitiré al tomo 45, *Correspondance 1920-1923*, misma ed. 1970.
12. *La revolution inachevée, 1917-1967*, París, R. Laffont, 1967, p. 48.
13. 4 de enero de 1923; *vid.* Moshe Lewin, *Le dernier combat de Lenine*, París, Ed. de Minuit, 1978, caps. V y VI.
14. *Ibid.*, p. 28.
15. *Ibid.*, p. 127.
16. *Ibid.*, p. 31.
17. *Le Capital*, III, 2, París, Ed. Sociales, p. 105.
18. Cf. G.L., *Robespierre, une politique de la philosophie*, París, PUF, 1990, pp. 23 y ss.
19. Lewin, *op. cit.*, p. 37.
20. Fundada en 1921 en Viena, por grupos centristas que se habían escindido de la Segunda Internacional; la escisión se canceló en 1923.
21. La tesis de Kautsky será desarrollada en varias obras, desde *Terrorisme et communisme* (1921), hasta *Les Bolcheviks dans l'impasse* (1930).
22. Citado por G. Walter, *Lenine*, París, Julliard, 1950, p. 448.
23. *Lenine as philosopher* (traducido del alemán por el autor), Londres, Merlin Press, 1975, p. 7.
24. *Ibid.*, p. 97.
25. París, Gallimard, 1963, p. 208.
26. *Grammaire des civilisations*, París, Arthaud-Flammarion, 1987, p. 581.